

LA EMANCIPACIÓN DE LAS LENGUAS PARARROMÁNICAS

Que las lenguas románicas son el resultado de una evolución del latín ha sido considerada siempre una verdad inamovible. Pero veamos hasta qué punto siempre es siempre o es, en cambio, algo menos que siempre.

Sabemos que, al menos en el siglo XIII, en las escuelas de latinidad las gramáticas de latín estaban escritas en latín. Es el caso de *Doctrinale Puerorum* (1209) del franciscano francés Alexandre de Villedieu. Sin embargo, a partir del siglo XIV surgen en Europa, con el mismo fin didáctico, las llamadas *Grammatica proverbiandi*, que utilizaban la lengua romance para facilitar el aprendizaje del latín. Se entiende, por tanto, que los estudiantes (naturalmente, una minúscula parte de la población) tenían dificultades para comunicarse en latín y recurrían a su lengua coloquial para entender las explicaciones (exactamente igual que se ha hecho en muchas ocasiones para enseñar inglés en nuestras escuelas e institutos). En el Renacimiento italiano, Lorenzo Valla quiso reaccionar ante lo que él consideraba una degradación del latín y en 1476 propone con su obra *Elegantiae linguae latinae* volver a las fuentes clásicas y al uso exclusivo del latín en el aprendizaje de esta lengua.

En este contexto, surge en España la figura de Antonio de Nebrija y su obra más célebre, la *Gramática castellana* de 1492, pero no la única. Nebrija era un consumando latinista que escribió obras de gramática latina antes de consumir la de la lengua española. De hecho, una característica de esta última es que utiliza las categorías de la gramática latina. Así, para desentrañar las funciones sintácticas del castellano utiliza la terminología de la flexión latina: nominativo, vocativo, acusativo, genitivo, dativo y ablativo.

Tomando como modelo a Nebrija (no olvidemos que en el siglo XVI la influencia de la cultura española es predominante en Europa) aparece la primera gramática del italiano (*Grammatichetta*) de M. Giovan Giorgio Trissino en 1529. La gramática francesa más antigua es la de John Palsgrave (*Lesclarcissement de la langue francoyse*), publicada en 1530. Poco después, en 1534, aparece la más temprana gramática del alemán (*Deutsche Grammatica*) de Valentin Ickelsamer. Le sigue en 1536 la primera de Portugal (*Grammatica de Lingoagem portuguesa*) a cargo de Fernando de Oliveira. Hay que esperar hasta 1586 para ver una gramática del inglés (*Pamphlet for grammar*), realizada por William Bullokar. Como todas las anteriormente mencionadas, también la inglesa está basada en la gramática del latín; en este caso toma como referencia una gramática de 1542 (*Rudimenta Grammatices*) escrita en inglés por William Lily.

¿Qué nos están diciendo todos esos datos? Que en el Renacimiento la élite intelectual de Europa se empeñó en resaltar los vínculos del presente con el glorioso pasado de la cultura clásica. Había que demostrar que la única herencia reclamable era la de la antigua Roma, de modo que todo lo que tuviera reminiscencias prerromanas o del extrarradio de la Romania era visto con recelo, es decir, era percibido como algo marginal, incivilizado o, en algunos casos, como paganizante. Es verdad que durante los primeros siglos de nuestra era los

considerados paganos fueron precisamente los romanos, pero a finales del siglo IV el emperador Teodosio, aliándose con la incipiente Iglesia cristiana y emitiendo en el año 380 un edicto que convertía el cristianismo en la religión oficial del Imperio, hizo que se borrara la percepción del latín: ya no era la lengua de Diocleciano, sino la del Concilio de Constantinopla. Y sólo habían pasado setenta y cinco años desde la abdicación de aquel emperador romano, el que de forma más cruenta había perseguido a los cristianos en un decidido intento de acabar con ellos de una vez por todas. No vencieron los enemigos del cristianismo, pero sí prevaleció su idioma. La lengua de Virgilio y de Marco Aurelio, impulsada por la Iglesia, se convirtió en un elemento omnipresente en la liturgia eclesiástica y se consolidó en su posición de lengua literaria y de cultura.

Mientras tanto, la población permanecía, no cabe suponer otra cosa, ajena a los quehaceres de los hombres letrados. Siendo en su inmensa mayoría analfabeta, su único contacto con el latín se daba en la celebración de la misa y cuando asistía a actos sacramentales. Allí, los fieles oían al sacerdote pronunciar frases cuyo significado muchas veces no entendían, aunque en ocasiones, haciendo una interpretación funcional de las expresiones latinas, eran capaces de interpretarlas con más o menos acierto. Es el caso de *in saecula saeculorum*, de donde sale la voz *sekula* en euskera con el significado de ‘nunca’. El ejemplo es revelador de la relación de la gente con el latín, así que procederé a desmenuzarlo un poco.

Cuando los vascohablantes incorporan la apalabra *saecula*, entienden correctamente que la locución bíblica de la que forma parte, tomada de la Vulgata traducida por San Jerónimo desde la versión griega εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων (Salmos, 83:5), es de tipo adverbial-temporal, pues ‘por los siglos de los siglos’ es como decir ‘siempre’. Es curioso que le dan la vuelta al concepto, pero en el fondo tal vez no sea tan absurdo: siempre y nunca tienen en común el ser una afirmación absoluta en lo tocante al tiempo; siempre equivale a ‘nunca dejará de ser’ y nunca vale por ‘siempre será que no es’. Sin embargo, lo más curioso y más interesante por lo que se refiere al asunto que nos ocupa es que *saecula* no es un adverbio, sino un sustantivo. Por tanto, comprenden el valor de uso, es decir, el significado no literal sino profundo de la locución, pero no tienen ni idea del sentido de la preposición *in* seguida de un acusativo con la desinencia *-a* de neutro plural, ni percibían que la terminación *-orum* daba al mismo nombre valor de genitivo. En la traducción del Evangelio de Joanes Leizarraga (*Jesus Krist Gure Iaunaren Testamentu Berria*) de 1571, podemos leer traducciones bastante próximas a su procedencia latina: *jeneratione guzietan sekula sekulakotz* en la epístola de San Pablo a los Efesios (3:21) o *sekula sekulakotz* en el Apocalipsis (22:5), por poner solo dos ejemplos. Todas las demás traducciones del Evangelio son posteriores, así que no es pertinente prestarles atención; sólo mencionaré que *Elizen Arteko Biblia* (1994) da soluciones diferentes: *menderen mendetan* (Ap. 22:5) *gizaldiz gizaldi eta menderen mendetan* (Ef. 3:21). Se conoce que, muy conscientes del étimo de *sekula*, (Dionisio Amundarain podría contarnos algo al respecto) prefirieron pasarlo por alto. De cualquier manera, es muy difícil, por no decir imposible, saber en qué momento los vascohablantes corrientes incluyeron en su vocabulario el adverbio temporal *sekula* (también podría considerarse un adverbio de negación equivalente a ‘jamás’). Lo que sí está claro es que no habrían confundido un sustantivo regido por una preposición con un adverbio si no desconocieran por completo los fundamentos del latín.

Se dirá que es normal que los vascos no advirtieran el error porque el euskera no es una lengua latina. ¿Debemos suponer entonces que los cristianos de la España bizantina, los hispanovisigodos o los galaicoportugueses de la Alta Edad Media, por ser hablantes de lenguas romances derivadas del latín vulgar, estaban en mejores condiciones de entender la morfosintaxis de *in saecula saeculorum*? Más bien creo que sería al revés. Al menos la desinencia de *saecul-orum* está más cerca de la terminación de *mende-ren*, tanto en su forma como en su significado, que la construcción prepositiva ‘de los siglos’. En las *Glosas Emilianenses*, (“el primer vagido de la lengua castellana”, en expresión acuñada por Dámaso Alonso), aparece del siguiente modo: *enos sieculos delo sieculos*¹. Dejemos a un lado la cuestión de si es castellano primitivo o navarroaragonés; el hecho relevante es que ya se trata de lengua romance. Los autores de las Glosas, monjes del monasterio de San Millán, eran hombres letrados, cuyo conocimiento del latín les permitía captar sin problemas el sentido de *in saecula saeculorum*. Ahora bien, la perspectiva de los pobladores comunes de La Rioja en el siglo X sería muy diferente. ¿Qué lengua hablaban? ¿Es el romance de las *Glosas Emilianenses* una versión latinizante de la lengua cotidiana empleada realmente por los campesinos de esa área del norte peninsular? ¿Percibían los hablantes de las primitivas lenguas románicas una conexión tan estrecha entre su idioma y el latín, como siempre han pretendido los clérigos católicos de todas las épocas?

Para responder a esas preguntas, veamos primero cuál es el relato con el que se nos quiere explicar el tránsito desde la “lengua madre” hasta las lenguas románicas.

Se parte de la idea de que entre el latín literario y el hablado por el pueblo llano había una gran diferencia. Ya en el siglo III se escriben gramáticas prescriptivas que intentan frenar esa divergencia, considerada por sus autores como un proceso de degradación lingüística, una acumulación de errores que había que corregir. Un ejemplo de este tipo de obras es el *Appendix Probi*. Sin embargo, la diversificación diastrática/diafásica continuó y se complicó con la entrada en juego del eje diatópico: en cada una de las provincias del Imperio el latín vulgar siguió de forma distinta su evolución hasta dar lugar a las diferentes lenguas neolatinas de Europa². Por otra parte, esta gramática, como todas, tendría como destinatarias a personas letradas y los errores que pretendía contrarrestar habrían sido observados, probablemente, en la lengua escrita. Es dudoso que *Appendix Probi* sea muy útil para conocer cómo era la lengua oral coloquial de los habitantes de Roma, ya no digamos de las provincias del Imperio.

Ese relato nos plantea incógnitas: ¿era la lengua hablada en las calles de la ciudad de Roma, en los mercados y en las gradas del Coliseo, tan distinta de la empleada en las *Historiae* de

¹ En su contexto: “*Cono aiutorio de nuestro dueno dueno Christo, dueno Salvatore; qual duenno get ena honore et qual duenno tienet ela mandatione cono Patre cono Spiritu Sancto enos sieculos delo sieculos, facanos Deus Omnipotes tal serbitio fere ke delante ela sua face gaudioso segamus.*” (Códice de San Millán de la Cogolla)

² No se circunscribe a Europa. Lingüistas como Hugo Schuchardt o Francisco Marcos Marín han estudiado los vestigios de una lengua romance desarrollada en las provincias romanas del norte de África o Magreb.

Tácito o en *La guerra de las Galias* de César, que esta última resultaba ininteligible para aquellos, hasta el extremo de poder considerarlas como dos lenguas diferentes? Si la respuesta fuera afirmativa, podríamos colegir que las lenguas románicas no vienen del latín, sino de esa otra lengua a la que nos hemos empeñado en llamar latín vulgar. Podría parecer que esta conclusión es banal, porque se limita a enfatizar algo consabido: “las lenguas románicas no derivan del latín clásico, sino del hablado por los romanos del pueblo llano”. Sin embargo, podríamos ir un poco más allá. Pensemos en el español moderno. Cuando decimos que hay notables diferencias entre los registros más populares y el castellano culto, presente en la prensa, en la literatura o en los oficios administrativos, siempre partimos de la premisa de que aquellos constituyen variedades de uso del mismo idioma porque, en definitiva, resultan bastante inteligibles. Es este criterio pragmático, el de la inteligibilidad, el que nos sirve de forma más eficaz para determinar si dos usos lingüísticos lo son de la misma lengua o, por el contrario, nos encontramos ante dos variedades dialectales o incluso dos lenguas independientes. Eso se extiende en el eje diatópico hasta el español de América: percibimos enseguida que un ecuatoriano, especialmente si es indígena, habla un español característico, pero, aunque sea a veces con algún esfuerzo, logramos entender lo que dice. En este caso y en todos los demás, la inteligibilidad se logra porque las variantes sólo afectan al vocabulario, a la fonética, a la prosodia y poco más. No sería igual si los cambios afectaran al paradigma verbal (sus desinencias verbales, el empleo o desaparición de los verbos auxiliares, la existencia o eliminación de modos), a la concordancia gramatical ente adjetivos y nombres, al uso o abandono de las preposiciones para marcar las funciones sintácticas, a la existencia o no de adverbios léxicos, frente a la expresión de la función adverbial exclusivamente con sufijos, a la pertinencia del género gramatical... En definitiva, no es lo mismo decir que hay un castellano vulgar que decir que había un latín vulgar, porque el primero es una variante diastrática/diatópica del mismo idioma y el segundo, en cambio, aunque se lo quiera llamar latín, es, a tenor de lo que nos han explicado en la universidad, una lengua diversificada que derivó en unas lenguas completamente diferentes del latín culto. ¿Ocurre lo mismo con otras lenguas? Veamos el caso del euskera. Llamamos igualmente euskera a lo que se habla hoy en el País Vasco y también a la célebre frase de las *Glosas Emilianenses*: *jcioqui dugu guec ajutu ec dugu*. Aunque la escribamos conforme a la norma ortográfica del *euskera batua* (izioki dugu, guek ajutu ez dugu), el vascohablante contemporáneo la encuentra extraña hasta cierto punto; reconocemos palabras sueltas, pero no nos ponemos de acuerdo sobre el sentido del texto completo. La razón que nos reafirma en denominar de la misma manera a lo que escribió el monje de San Millán y a lo que se escribe hoy en la prensa *euskaldun* es que no albergamos dudas sobre la existencia de una continuidad entre aquel euskera y el actual.

¿Tenemos la misma certeza en lo que se refiere al latín vulgar? Me cuesta creer que haya una lengua cuyo registro vulgar empiece a perder la declinación con cuyos morfemas se señala la función sintáctica, es decir, los casos latinos, y aún es más difícil de entender que los usuarios del registro menos culto, o sea del latín vulgar, sean capaces de reinventar preposiciones en sustitución de sufijos o que modifiquen el paradigma de los determinantes con la inclusión de artículos salidos de la nada. La conclusión o, mejor dicho, la hipótesis a la que me conducen estas y otras dudas es bastante desafiante: es posible que los romanos no hablaran latín, si llamamos latín a lo que aprendimos en el instituto.

Otra objeción importante a la explicación comúnmente admitida sobre el origen de las lenguas románicas tiene que ver con el eje diacrónico. Es importante determinar en cuánto tiempo pudo producirse esa supuesta evolución del latín hasta convertirse en las lenguas románicas. Bien es verdad que no podemos aspirar a delimitarla con precisión porque, de una parte, solo sabemos la fecha de los primeros testimonios escritos conservados en lengua romance, no desde cuándo se hablaba así o de forma parecida; por otra parte, el cambio lingüístico no se iniciaría de forma súbita y tampoco es posible determinar qué estadio de lengua debemos tomar como punto de partida. No tenemos más remedio que tomar como referencia hitos históricos. En este sentido, sabemos que el final del Imperio romano de Occidente se da en el siglo V (el último emperador de Roma, Flavio Rómulo Augusto, fue derrocado en el año 476) y los primeros textos escritos en lengua romance datan del siglo IX (los Juramentos de Estrasburgo, escritos en francés medieval en el 842), lo cual nos lleva a trazar un arco temporal de cuatro siglos. Ese es el tiempo que tuvo el latín para perder su declinación y dar lugar a no menos de veinte lenguas, es decir, el conjunto de los idiomas románicos, ninguno de los cuales tiene el sistema de declinaciones característico del latín (de los seis casos, el castellano conserva el vocativo). ¿Puede una lengua, cuya morfosintaxis obedece al sistema de las llamadas sintéticas, que señalan las funciones sintácticas mediante desinencias adheridas a la raíz de nombres, pronombres, adjetivos calificativos y demostrativos, haberse vuelto, después de un plazo de, como mucho, cuatrocientos años, en una lengua cuya flexión nominal ya no repercute en la señalización de las funciones sintácticas, sino que se limita a indicar la concordancia de género y número y a la variación semántica introducida por los morfemas derivativos? Para apreciar mejor si es un tiempo más o menos breve para tamaña transformación, voy a recurrir al famoso invento que nos brinda Jorge Oteiza en su *Quousque tandem*: la abuela como unidad de medida cronológica. El artista oriotarra ve que una abuela (pongamos de setenta y cinco años) conserva en su memoria las historias que, siendo ella niña, le contaba su abuela y las canciones que le cantaba, las mismas que esta última había oído por primera vez cuando estaba en la cuna. Esta unidad temporal conecta dos puntos en el tiempo separados por unos ciento cincuenta años, pero está cohesionada por una relación de primera mano entre dos mujeres, así que cada abuela mantiene vivo un vínculo real y directo con otra abuela que fue niña una siglo y medio antes. La unidad de tiempo ideada por Oteiza es la resonancia de unas canciones de cuna en la memoria de una abuela, una evocación que llega a ella desde los primeros recuerdos de la madre de su madre. Muchas mujeres en medio de todo, que marcan, estas sí, relaciones de parentesco, a diferencia de lo que ocurre con las lenguas, que no nacen, ni mueren, porque, sencillamente, no son seres vivos. Creo que las lenguas se extienden en el tiempo como el eco de una voz o como las ondas de agua producidas por una piedra lanzada a una laguna. Si esto es así, me pregunto: ¿En qué lengua se cantaban las nanas que escuchaban los niños de nuestros antepasados en el siglo V? ¿Y las que escuchaban en el siglo IX? ¿Serían muy diferentes? No lo creo, porque entre unas y otras hay la distancia temporal de tres abuelas, que vienen a ser unas quince generaciones.

Todo esto es para decir que no me parece posible que una lengua, después de tan sólo cuatrocientos años, se volviera prácticamente ininteligible para los que hablaban la lengua que quedó como resultado de ese breve proceso. Y eso es lo que, teóricamente, sucede con el

latín. Los parroquianos de la iglesia de San Millán de la Cogolla en el siglo X no creo que entendiera casi nada de la liturgia en latín, una lengua que, si hacemos caso de la doctrina tradicional, había saltado hasta ellos de generación en generación tan sólo durante el lapso de tres abuelas.

Para subrayar lo inverosímil que es la explicación clásica, hagamos una comparación con procesos bien conocidos que también hayan durado cuatrocientos años. El ejemplo que tengo más a mano es el del euskera. Sabemos cómo era el euskera que se hablaba en la Baja Navarra en el siglo XVI, porque la reina Juana de Albret le pidió a Leizarraga que tradujera el Evangelio precisamente para que los súbditos de su reino, convertido al calvinismo, pudieran tener acceso directo a la Escrituras y pudieran entenderlas, tal como prescribe uno de los principales principios de la Reforma protestante. Pues bien, entre la fecha de su publicación, 1571, y la época en que se lanzó a la escena el *euskera batua*, hay cuatrocientos años. ¿Resulta el euskera de *Jesus Christ Gure Jaunaren Testamentu Berria* ininteligible para la población *euskaldun* actual? Es evidente que no. Y eso que, hasta hace cien años, muy pocos *euskaldunes* estaban alfabetizados en vascuence; el euskera no se ha mantenido con tan pocos cambios gracias a la fijación que proporciona la escritura, sino que ha perdurado como lengua eminentemente oral. Algo similar ha ocurrido con el español hablado por la población indígena de la América hispana. La mayor parte de ellos, a lo largo de quinientos años, ha vivido bastante alejada de la cultura letrada, el analfabetismo, al menos el funcional, ha sido la tónica dominante y, sin embargo, el español que hablan los campesinos de Honduras o México no difiere del de Hernán Cortés³ hasta el extremo de que resulte incomprensible para ellos, ni mucho menos.

Entiendo que la lengua de la que proceden las románicas tenía que ser en torno al siglo V ya bastante parecida, en lo fundamental, a los idiomas romances medievales. Si esa lengua originaria en algún momento fue tan flexiva como el latín de Cicerón, tuvo que serlo en una época muy anterior al Imperio romano. La flexión en lenguas románicas es de un tipo muy diferente, pues se ciñe al plano morfológico: hablamos de morfemas flexivos y de morfemas derivativos, y los primeros son los de género, número y las desinencias verbales. En el latín, en cambio, el género, el número y los morfemas derivativos quedan subsumidos en las desinencias de la declinación, que se sitúan siempre en un primer plano. Volvamos al mismo ejemplo: sabemos que *saeculorum* es de género neutro y de número plural porque *saeculum* es una palabra de la 2ª declinación y siempre tiene el mismo género; ni es posible introducirle un morfema de género femenino, ni *-orum* es un morfema de plural; otra cosa es que *-orum* sea una desinencia de número plural, que lo es; sin embargo, a diferencia de lo que vemos en la ‘-s’ del castellano, no contiene una marca de plural, ya que hay otros morfemas de la declinación latina que también están en plural y no se parecen en nada a *-orum* (*-is*, *-os*, *a*, *-ibus*, *-ium*, *-ae*, *-us*...) No puede ser que todas las lenguas románicas procedan de una lengua de esas características, salvo que la degradación de su carácter flexivo se desarrollara a lo largo, no de cientos, sino de miles de años. Lo mismo cabe decir en referencia a otros muchos rasgos del latín que no se hallan en ninguna de las lenguas románicas. De hecho, lo que a un castellano hablante más ayuda a entender un texto en latín es una considerable porción del

³ Cfr. Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México*. Madrid. Ed. Espasa Calpe, 6ª ed. 1979

vocabulario compartido, pero ya sabemos que el plano léxico es el más volátil en todas las lenguas y el que menos revela sobre los pilares básicos de las mismas. De otro modo, traducir textos latinos sería más fácil, y no lo es; la primera sensación de extrañeza que experimentamos muchos cuando en el bachillerato empezamos a estudiar latín partía de comprobar que era mucho menos enrevesado el inglés que la supuesta lengua madre.

A mi parecer, y esta es la conclusión a la que llego, las llamadas lenguas románicas o neolatinas, si bien tienen, esto es obvio, un importante componente de origen latino, tienen en su raíz otras aportaciones más importantes aún que la del latín. No me refiero a los numerosos préstamos de otras lenguas en época medieval y en tiempos modernos; estos son considerables pero afectan al vocabulario, no a los fundamentos de la morfología y de la sintaxis. El efecto del sustrato ejercido por las lenguas prerromanas y del adstrato debido a las lenguas circunvecinas, antes y durante la dominación romana, creo que no ha sido valorado en su justa medida. Me atrevo a pensar que el latín se limitó a cumplir una función equiparable a la del superestrato: la lengua de los invasores influyó sobre las de los invadidos y depositó en ellas importantes constituyentes, pero no llegó a sustituirlas. Es más, la lengua de los invasores solo lo sería de las clases dominantes, pues sabemos que muchos de los soldados romanos no eran originarios de la península itálica y, en cualquier caso, hablaban idiomas bien distintos del latín. Tras el desmoronamiento del Imperio, esas lenguas, procedentes del mundo anterior a la irrupción de Roma, continuaron su andadura en la Alta Edad Media como *sermo vulgaris*. Sé que este último es un término usado habitualmente como sinónimo de latín vulgar. Aquí hace alusión sencillamente a su consideración de lenguas populares carentes de prestigio social. Por lo demás, en sus características intralingüísticas, estarían más cerca de lenguas como el ibero, si nos ceñimos a la península ibérica, o de otras lenguas que ya eran habladas en sus respectivos territorios antes de que los romanos comenzaran a expandirse por el Mediterráneo. Por eso, la denominación de lenguas románicas, como si el elemento latino fuera su constituyente esencial, no me parece muy apropiado. No aspiro a desterrar a estas alturas su uso; sólo propongo, aunque tenga validez únicamente en el ámbito exclusivo de este artículo, el neologismo “pararrománico”. Así, serían lenguas pararrománicas las que recibieron el influjo del latín durante la romanización y continuaron recibiendo en la Edad Media a través de la Iglesia, pese a que ya tenían entidad propia en sus respectivos territorios antes de la llegada de los primeros romanos. En algunos lugares, este superestrato latino se estableció en el siglo III a. C (es lo que les ocurrió a las lenguas de la península ibérica); en otros países no fue hasta el III d. C (es el caso de Rumanía). De cualquier modo, en todas las provincias su influjo fue muy prolongado, aunque fue variando la forma en que se ejerció: hasta el siglo V d. C el valedor de la lengua latina era el aparato administrativo de la Roma imperial; posteriormente, fueron la Iglesia, en un principio, y los humanistas, a partir del Renacimiento, los encargados de reafirmar el carácter latinizante de todas las lenguas de Europa. El resultado fue la común aceptación de que el latín es la madre de un buen número de ellas, entre todas las cuales reúnen actualmente más de 1000 millones de hablantes en el mundo.

Por otra parte, el concepto de lengua pararrománica nos ofrece una posible solución a un enigma al que, sobre todo los vascos, le hemos prestado mucha atención. Me refiero a la condición de lengua aislada que se le ha atribuido al euskera. Ligado a este enigma, claro

está, tenemos el enigma del origen del euskera, pero, a mi modo de ver, este no es una cuestión que afecte de forma particular al vascuence; desconocemos el origen de todas las lenguas, en la medida en que no sabemos con certeza cómo, cuándo y dónde surgió el lenguaje articulado en la especie humana. De momento, ya tenemos bastante con resolver el otro problema, el de la soledad del euskera.

Hemos oído un sinnúmero de veces que el vascuence no es una lengua románica. Casi nadie parece tener dudas al respecto. Y, por si fuera poco, tampoco es una lengua indoeuropea. Esto último hay unos pocos que, de un tiempo a esta parte, se atreven a cuestionar; hay teorías interesantes al respecto.⁴ En lo que prácticamente todos los estudiosos están de acuerdo es en que, aun en el supuesto de que se tratara de una lengua indoeuropea, de ninguna manera podría ser incluida entre las lenguas latinas. Finalmente, parece ser de una lógica aplastante que, si el euskera fuera admitida como lengua románica, automáticamente pasaría a estar incluida entre las lenguas indoeuropeas, pero esta última es una especulación bastante abstracta que nadie se molesta siquiera en toma en consideración. En suma, hasta que no se demuestre lo contrario, el euskera es una lengua aislada, sin filiación con ninguna otra lengua del mundo, y no parece que nadie, particularmente entre los vascos, tenga prisa por demostrar lo contrario.

En este artículo sostenemos la hipótesis de que las llamadas lenguas románicas lo son solamente por sinécdoque (hemos de reconocer que el uso de términos grecolatinos, como “sinécdoque”, le da a uno la sensación de estar diciendo algo importante). Los afluentes que vierten sus aguas en los cauces de estas lenguas no descienden únicamente de las cumbres del latín, ni las cumbres del latín vierten sus aguas únicamente por esa vertiente. Me temo que el mapa hidrográfico que valga como analogía para representar los vínculos entre las lenguas tiene que ser mucho más complejo que los esquemas a los que estamos acostumbrados. Creo que es preciso desembarazarnos de ellos y construir uno nuevo. Como contribución a un nuevo paradigma, me aventuro a incluir el euskera en la misma rama de la que cuelgan el castellano, el portugués, el francés o el italiano, lo cual no significaría que el euskera sea una lengua románica, sino que todas ellas, junto con el euskera, son lenguas pararrománicas. Aunque el flujo de caudal latino sobre el euskera haya venido por otros arroyos y regatos y se haya dado de manera diferente, el resultado es el mismo: el euskera es un idioma sumamente latinizado, más que el inglés, que no es poco decir, y casi tanto como el francés (una lengua, esta última, en la que todas las palabras se pronuncian como agudas, frente a la acentuación llana o esdrújula de todas las del latín ¿es esta una diferencia poco significativa entre una supuesta madre y su supuesta hija?).

⁴ Etchamendy, Arnaud et al. (2023) *El euskera: ¿lengua indoeuropea?* Paris. Ed. L'Harmattan / Arnaiz Villena, Antonio y Jorge Alonso García (2013) *Caucásicos, turcos, mesopotámicos y vascos*. Universidad Complutense, 2001 (2ª edición: Liber Factory)/ Ballester Gómez, Xaverio. (1998-1999) «Sobre el origen de las lenguas indoeuropeas prerromanas en la península ibérica». Arse 32-33/ Castro-Guisasola, Florentino. (1944) «El enigma del Vascuence ante las lenguas indoeuropeas». Revista de Filología Española, anexo XXX

Hay un celeberrimo poema de Josean Artze que dice aquello de *Hegoak ebaki banizkion nerea izango zen, ez zuen aldegingo. Bainan, honela ez zen gehiago txoria izango eta nik... txoria nuen maite*.⁵ Cuando lo oigo cantado por Mikel Laboa, pienso en un pajarillo al que su dueño quería ver fuera de la jaula, pero sin dejar de tenerlo bajo su dominio; llega a plantearse la posibilidad de cortarle las alas para que no se aleje de su casa, pero, felizmente, descarta esa posibilidad y decide respetar la libertad del pajarillo. Eso permitió que su pájaro se alejara de él. Y ahí termina la canción. El poema contiene un pequeño relato inacabado o, si se quiere, con un final abierto. ¿Qué pasó con el pájaro? ¿Adónde fue a parar? Para continuar por mi cuenta con el relato, lo primero que haré es asignar al pájaro un sentido metafórico: en mi imaginación, el pájaro solitario es la lengua vasca. No queríamos verlo constreñido en una jaula, ni privarle de sus alas; decidimos ampliar su espacio vital, de modo que pudiera volar por las estancias de nuestra casa. Pero se escapó. ¿Cómo sucedió? Una noche de verano, nos dejamos la ventana abierta y, como en la canción de Txomin Artola, *Goizian argi hastian, ene leiho hegian txori bat pausatzen da eta goratik hasten kantan*⁶ Pongamos que fue un ruiseñor el que se posó al amanecer en el alfeizar de nuestra ventana. Inevitablemente, nuestro pájaro se acercó al ruiseñor, también pájaro solitario como él, y juntos echaron a volar. Lo que pasó después fue que llegó el invierno y el ruiseñor buscó otras aves de su misma especie para volar en bandada hacia el sur, en busca de un clima más cálido. Nuestro pájaro no sabía si era un ruiseñor, una paloma o qué... pero sabía que ya no estaba solo, porque gozaba de la amistad de los ruiseñores, que le dejaron volar con ellos hacia sur, más allá de las costas de África de donde, tal vez, algún día vinieron sus antepasados. Este es el final del cuento. Ojalá el euskera deje de ser un ave solitaria y se decida a volar en compañía de sus amigas, las lenguas pararrománicas.

Pedro Urquijo Arregui

Majadahonda, 19 de septiembre de 2023

⁵ Si le hubiera cortado las alas habría sido mío, no habría escapado. Pero así, habría dejado de ser pájaro. Y yo... lo que yo amaba era al pájaro.

⁶ Con las primeras luces del amanecer, un pájaro se posa en el alfeizar de mi venta y se pone a cantar...